

AMBIEN-TICO

Revista mensual del proyecto Actualidad Ambiental en Costa Rica

Dirección: Eduardo Mora • Montaje: Cecilia Redondo • Circulación: Enrique Arguedas

Escuela de Ciencias Ambientales • Universidad Nacional • Costa Rica

Apartado postal: 86-3000 • Email: emora@irazu.una.ac.cr

Contenido

Contradicciones, fuerza y mito del desarrollo sostenible. Su marco social y el papel de la Universidad. <i>Eduardo Mora C.</i>	1
Taller sobre rehabilitación y liberación de fauna silvestre 1995. Sinopsis. <i>Carlos Drews</i>	8
Comentario del libro de E. Mora: El duro oficio del sociólogo ambientalista. <i>Isabel Román</i>	11
¿Muerte a los ecologistas? <i>León González</i>	15
El suelo costarricense. Información básica. <i>Carlos Chacón et al.</i>	16

Contradicciones, fuerza y mito del desarrollo sostenible Su marco social y el papel de la universidad

Eduardo Mora Castellano

El concepto de desarrollo sostenible, detrás del que no hay una teoría sino sólo unas indicaciones estratégicas acerca de cómo continuar el crecimiento económico con participación ciudadana y sin dar al traste con la naturaleza, no fue generado por el movimiento ecologista de los años sesenta y

setenta, sino que fue originado en los ochenta dentro de un movimiento que ahora prefiere autodenominarse ambientalista quizás para así tomar distancia de aquellos irreverentes utopistas que dieron inicio a esta marejada social en favor de la naturaleza, y que aún sobreviven aunque muy menguadamente (Mora, 1994a). El concepto, pues, nació en el movimiento ambientalista que hoy conocemos,

el cual desde hace más de 10 años cuenta en sus filas con el Banco Mundial y otras entidades organizadoras de la economía y la política internacionales, entidades que entonces pesaron mucho para convertir el mentado concepto en la consigna de orden (Rodríguez, 1991), en la frase eje del movimiento. (Téngase en consideración que *desarrollo sostenible* tiene como antecedente suyo el concepto *desarrollo sostenido de recursos* (Romero, 1991), el cual era usado en los años cincuenta -década anterior al nacimiento del movimiento ecologista- por los profesionales dedicados a la explotación del bosque y de otros recursos naturales, o sea, por profesionales ajenos a las preocupaciones conservacionistas.) Este concepto de desarrollo sostenible, que no deja de suscitar suspicacia entre los ecologistas airados que quedan (véase, p.e.: Gudynas, 1995; Mora, 1993; Mora, 1994b), tiene, como todos los mitos, la virtud de la ambigüedad y, en parte por ello mismo, la virtud de la fuerza, de manera que conmueve y concita la adhesión incluso de quienes no se conmovieran ni adherirían al concepto preciso y frío, porque este concepto de desarrollo sostenible reúne elementos que ideológicamente están divorciados, elementos que pertenecen a enfoques ideológicos divergentes, con la potencialidad, entonces, de ahuyentar a unos y a otros.

Sí, efectivamente el concepto da cobijo, procurando conciliarlos, a metas y valores que en el pasado -y todavía hoy en enormes sectores sociales- se han identificado con progreso, valores y metas como crecimiento de la producción, crecimiento del consumo y democracia representativa; pero también a valores y metas pertenecientes al enfoque cultural que, desencantado y decepcionado de ese progreso, rechazó aquellos valores y metas dichos, considerándolos decadentes y

conducentes a la crisis ecológica y civilizatoria, y levantó contra ellos otros como los siguientes: detención del consumismo, freno a la industrialización, vuelta a la armonía con la naturaleza, vida sana, autogestión política y económica de las comunidades, etcétera. Éstos últimos son los valores y metas de los ecologistas, que aunque no son de progreso en el sentido normal del término, forzando las cosas podrían identificarse con una *sui generis* noción de progreso (o, mejor dicho, con una *sensación* de progreso), pasando a entender éste como una reorientación radical de nuestras sociedades, reorientación que iría a contrapelo de las ideas de progreso instauradas con la llamada modernidad en occidente allá por el siglo XVIII. Y es que el descrédito de la noción de progreso, descrédito que es distintivo de la posmodernidad que vivimos, no ha sido tan devastador como para que él deje de ser un reclamo, un llamado a todos los que se preocupan por el futuro y quieren ver soluciones, y son éstos los que se apegan al concepto de desarrollo sostenible. El descrédito del progreso no es total. Sólo los individuos francamente apocalípticos o absolutamente indiferentes quedan apáticos ante él.

El relanzamiento de la noción de progreso ha cobrado realidad en nuestras sociedades precisamente en la medida en que el concepto de desarrollo sostenible ha arraigado más allá de las élites intelectuales y de las que ejercen de hecho el poder, es decir, en la medida en que líderes gremiales y comunales, y activistas en favor del ambiente y de los derechos humanos, y también los jóvenes, han empezado a esgrimirlo en función de sus reivindicaciones. Y es que el concepto se presta para un uso bastante imaginativo de él, de modo que en algunas versiones el desarrollo sostenible parece revolucionador del actual orden político-económico y en otras parece

revitalizador del mismo, en unas parece respetar a los elementos de la naturaleza por sí mismos y en otras sólo querer conservarlos para utilizarlos.

El concepto de desarrollo sostenible, sintomáticamente, expresa los tres principios que según Daniel Bell (1976) rigen los tres órdenes básicos de la actual sociedad capitalista, y esto ayuda a explicar su popularidad y arraigo. Expresa el principio de igualdad que rige en el orden político, expresa el principio de eficiencia y productividad que rige en el orden tecnoeconómico y expresa -aunque con altibajos y reticencias- el principio de hedonismo que rige en el orden cultural. Con este último principio los ideólogos del concepto de desarrollo sostenible tienen algunas dificultades, porque la huella antihedonista del movimiento ecologista originario sigue presente entre los adeptos al desarrollo sostenible. El anticonsumismo de los ecologistas no casa con el hedonismo que orienta a nuestra cultura, y la pasión ecologista sigue siendo un aliento y un cemento valioso dentro del actual movimiento en favor del desarrollo sostenible. También, ciertamente, el ecologismo desdeñó la eficiencia y la productividad como obsesiones de la sociedad actual, y, en cuanto a igualdad, reivindicaba algo radical: la autogestión de las comunidades, que está más allá de la democracia formal representativa. Pero no es en estas disparidades donde el concepto de desarrollo sostenible se ve en aprietos para dejar satisfechos a unos y otros de sus adeptos, sino en el tema del hedonismo. Mas incluso en este tema, si bien hay chirridos, el conflicto no alcanza a estallar, y ésto debido a que en la cultura posmoderna impera la indiferencia: la coexistencia de valoraciones contradictorias es la norma. Sí, dentro de un mismo grupo sociocultural, e incluso en un mismo individuo, pueden observarse enfoques y prácticas

contrapuestas sin que cunda el asombro: puede protestarse por el uso de insumos químicos en la agricultura y suprimir de la dieta personal la carne por respeto al mundo animal, pero, simultáneamente, viajar a todo sitio sobre un motor de tres mil centímetros cúbicos y estar a favor de las centrales nucleares.

Y es que, curiosamente, el concepto de desarrollo sostenible obtiene su avasalladora fuerza en gran medida del hecho de apoyarse en valores y metas sociales propias de la sociedad industrial en expansión -los que supuestamente condujeron a la crisis ecológica y civilizatoria- y, a la vez, apoyarse en valores y metas ecologistas opuestos a aquellos otros, o sea, opuestos al tipo de evolución de la sociedad industrial. Es decir, el concepto de desarrollo sostenible logra unir lo que parecía irremediabilmente antagónico. Y ambos tipos de valores y metas los ha reunido, como ya se dijo, sin que se vislumbren graves desgarraduras, gracias a que, a tono con la cultura posmoderna que no alienta las ideologías ni las orientaciones duras o inflexibles, no se ha perdido tiempo en afinar ni quitarle laxitud al concepto ni, mucho menos, en intentar hacer una teoría del desarrollo sostenible, intento que acaso fracasaría por los cortocircuitos que sobrevendrían entre tantos elementos provenientes de ideologías contrapuestas (valores, concepciones, metas y normas de comportamiento). El tiempo y la energía se han invertido, más bien, en diseminar el concepto por toda la sociedad, en lograr acuerdos entre actores sociales de cara a la acción y no de cara a la especulación teórica y en implementar proyectos de trabajo orientados realistamente, con objetivos alcanzables en plazos prudentes, sin pretensiones utópicas in financiables. En esta época de generalizadas altas inversiones en comunicación de mensajes y levantamiento de imagen es difícil saber qué ha sido de mayor

envergadura, si el discurso de promoción del desarrollo sostenible o los ejercicios prácticos para el logro de éste. Pero lo que sí es evidente es que el concepto ya ha devenido **mito**, y bajo esta forma de expresión las contradicciones internas del mismo se vuelven más opacas e irrelevantes. El mito es una condensación (¡jojo que no una síntesis!) de los elementos que el concepto agrupa. Al mito le resulta más fácil movilizar gente debido a la deformación y opacidad que da al concepto en que se basa, y ahí reside su efectividad. El mito no es malo ni bueno, es inevitable y cumple una función social.

En efecto, actualmente decir desarrollo sostenible es nombrar un mito. Mito no en el burdo sentido de mentira, ni de explicación de los orígenes, sino en el que Roland Barthes (1980) le da a este término: el mito -dice él- es una forma de comunicación que deforma o empobrece el sentido original del concepto; el saber contenido en el concepto mítico es un saber confuso, formado de asociaciones débiles, ilimitadas. Desarrollo sostenible, aun siendo un concepto tan laxo como es, lo que denota indudablemente es crecimiento económico y mayor bienestar material sin deterioro de la base de recursos naturales en que se asienta la economía y sin menoscabo de los ciclos biológicos imprescindibles. Pero cuando decimos desarrollo sostenible, de hecho y sin estar totalmente concientes de ello, estamos diciendo mucho más que eso. Decir sólo eso resultaría muy frío e inefectivo en los vastos círculos de individuos que conocen el concepto a través de la prensa y la televisión; y, para colmo, también sería inefectivo en los cotarros académicos, porque el concepto carece aún de sustancia teórica apreciable, y si se le dotara de ésta habría cortocircuitos por las contradicciones internas que el mismo padece, y, entonces, sobrevendrían pugnas y deserciones. De lo que hablamos cuando

hablamos de desarrollo sostenible es en realidad de **progreso**, y aquí está el efecto y la realidad del mito. Cuando se le nombra no parece estarse nombrando una estrategia, entre otras posibles, para el crecimiento no predatorio del capital y del consumo sino nombrando el progreso mismo, nombrando la única vía moralmente legítima y técnicamente posible de evolución, el progreso hecho fórmula mágica, la panacea. Y esto resulta así sin que nadie lo haya planeado, por obra anónima. Desde que la frase 'desarrollo sostenible' ha alcanzado la categoría de mito su uso ha convertido en inexpugnables los discursos en los que la frase es eje.

La pérdida de fe en el progreso y en las grandes empresas sociales por la liberación del ser humano que se operó en este siglo entre grupos intelectuales y amplios sectores sociales, en parte llevó a volcar una nueva fe y pasión en el movimiento ecologista, el cual desde su nacimiento en los años sesenta vistió un halo de pureza y de desdén por el poder, por la producción económica y el dinero. Movimiento que en vez de apostar por el progreso apostó por la detención de éste considerándolo el responsable de la debacle ecológica y viendo que, de hecho, la posibilidad de un buen futuro, o de cualquier futuro, estaba en el retorno al pasado. Es decir, vio, como lo enseña la termodinámica, que el futuro es la muerte y ésta sólo podría evitarse retornando al pasado, no progresando, porque el progreso es hacia adelante. Sin embargo, esa pasión ecologista ha sido parcialmente capitalizada por el actual movimiento en pro del desarrollo sostenible, convirtiéndola en acción por el progreso a través del financiamiento de proyectos de trabajo en función del ambiente y gracias al opacamiento de las contradicciones e inconsistencias que el concepto de desarrollo sostenible alberga, opacamiento en el que juega su papel el mito.

El afán de la élite del poder, actualmente, por inyectar sentido y valor a instituciones y empresas que para enormes sectores de la sociedad ya no lo tienen, encuentra en la consigna de desarrollo sostenible un apoyo insustituible. Con el emprendimiento de esa gran empresa llamada desarrollo sostenible se empieza a hacer real la posibilidad de dar coherencia a la sociedad, de sacar de la indiferencia a jóvenes, intelectuales, empresarios y funcionarios. La chispa emotiva de esa gran empresa es tomada del movimiento ecologista y gracias a ella prende en la juventud, y la racionalidad e institucionalidad del proceso las ponen principalmente los funcionarios de organismos internacionales articulados con la academia, la cual, en verdad, va la zaga en esa misión. La academia no comanda y es más en su afán de ponerse al día, y principalmente de cara a los medios de comunicación, que se apresta a jugar un papel beligerante, aunque académicamente humilde. Porque la academia, hoy día, ya no pugna por ser fuente y sede del saber; más bien por lo que pugna es por no quedar rezagada, y el rezago estriba ahora en no estar en los medios de comunicación, en no hablar fácil de lo que apetece el público, o sea, los telespectadores. De hecho ya no hay maestros. El medio académico no suscita ya admiración sino, en el mejor de los casos, apenas un mínimo respeto. De él el público espera no más que lo que se espera de los medios de comunicación, y al dar menos que éstos cae en desprestigio y desatención por parte de la sociedad. No hay ya medio académico fuera de los medios de comunicación, pero dentro de éstos pierde sus características de medio académico y se banaliza. Academia y medios de comunicación tienden a confundirse, y los medios se tragan a la academia. Crecientemente reina en nuestras sociedades un abandono del saber; sólo se quiere el saber instrumental, por su utilidad comprobada, por su vocación de utilización

inmediata. Desaparece la antinomia verdadero-falso y la antinomia sabio-farsante.

El hecho de que en nuestra sociedad se apele cada vez más a modos de conocimiento -y de autoconocimiento y autocontrol- de base no científica sino intuitiva, mística o cuasi religiosa, y que incluso lo hagan los académicos aunque a hurtadillas de la academia, resta peso a ésta, la deja al margen de la búsqueda de conocimiento y de soluciones a la problemática de la sociedad contemporánea. Y son los medios de comunicación masiva quienes dan las respuestas a las preocupaciones sobre la sexualidad, sobre la salud y la integridad física, sobre el equilibrio psíquico e, incluso, sobre la relación entre la sociedad y la naturaleza. En tales ámbitos del conocimiento se desarrollan permanentemente débiles saberes fuera de las coordenadas de cientificidad, sistematicidad y rigurosidad de las que se jacta la academia y que supuestamente definen a ésta. Pero la academia no los refuta porque los académicos se están guiando ya por esos saberes o, por lo menos, carecen de convicción en el saber académico-científico y les falta solvencia en su manejo. Porque ya no hay maestros sino técnicos, expertos en parcelas, funcionarios especializados, a quienes, más allá de su estricto y reducido coto de cacería intelectual, las diferentes respuestas y opciones que ofrece la cultura mediática posmoderna a las inquietudes de la gente les parecen equivalentes en cuanto a validez a las que ofrece la academia, todas legítimas e intercambiables (Lipovetzky).

El concepto desarrollo sostenible ha irrumpido en un momento de extrema desubstancialización de los conceptos. Nadie se preocupa por la indefinición del concepto de desarrollo sostenible porque el momento presente es de conceptos, teorías y posiciones efímeras e intercambiables. Y el auditorio -de

telespectadores- es indiferente y de atención volátil, inquieta, dispersa, se mantiene haciendo *zapping*. En una era sin grandes objetivos ni empresas, el desarrollo sostenible como empresa se sostiene por la emoción del movimiento ecologista y por la necesidad social de mínima coherencia. Aunque debe reconocerse en su favor que lo que sí nos está ya legando esa empresa es el trazado de nuevas políticas estatales y leyes. Políticas y leyes que se dictan sobre la base de una conciencia y de una sensibilidad ambientalistas de parte de la ciudadanía que son principalmente fruto del movimiento ecologista, que lleva unos treinta años de marcha.

Desarrollo sostenible, pues, ha llegado a ser, además de un mito, un concepto a la carta: se pide de él lo que se quiere, se le entiende como se le desea, se le aplica según el gusto y según el monto y origen de los medios de pago. Unos proponen como base del desarrollo sostenible la descentralización política y económica, pero la corriente mayoritaria no. Ésta, si bien no apunta al fortalecimiento del Estado, sí asegura una orientación central de la economía y la producción de tecnologías, orientación marcada por el mercado, por un mercado mundial en el que la intervención del Banco Mundial, del Fondo Monetario y de las grandes potencias es decisiva. Pero no hay imposiciones rígidas, disciplinarias, lo que hay es la seducción del mercado, la persuasión de los grandes organismos financieros sin los que cualquier sistema económico cae en la cuneta.

Nuestro medio académico tiende a la esclerosis. Los académicos nos resistimos al cambio. Algunos quisieran restaurarle a las universidades el viejo papel, pretendido y nunca bien jugado, de conciencia crítica de la sociedad y de promotora de los procesos de cambio. Pero nuestro posible aporte tiene que ser en el marco que la sociedad contemporánea tiene delineado y del cual, para nuestros

efectos, se acaban de bosquejar los rasgos más importantes. No debemos pretender sentar el derecho de los universitarios de investigar y filosofar ineficientemente con los recursos de la sociedad, sino que debiéramos defender el derecho de los ciudadanos de exigirnos a los académicos rigor y lucidez; debiéramos, a fuerza de disciplina del pensamiento, de rigor científico y, cómo no, de reingeniería, convertirnos en efectivos y eficaces maestros y promocionarnos como tales, si es que quisiéramos serlo y la sociedad aún precisara de ellos; pero, mejor aún, debiéramos coadyuvar a que cada ciudadano se convierta en su propio maestro, sin aceptar charlatanadas televisivas ni tampoco más doctrinas. El lugar de la universidad hay que reconquistarlo y no pedirlo como herencia, y ya nunca podrá ser el mismo. El espacio social está ya mapeado de manera distinta, el drama es otro y los actores son diferentes. Pero la inercia, a veces, no nos deja verlo y nos impulsa a querer seguir siendo los mismos.

Lo que las universidades hagamos con respecto del desarrollo sostenible podrá ser mucho si llevamos a buen término la tarea de redefinir nuestra función en la sociedad contemporánea y logramos dotar de eficiencia nuestros procesos y de credibilidad nuestros productos, lo cual no quiere decir convertirnos en peleles del mercado, ni de los telespectadores, pero sí trabajar de frente a la sociedad en que vivimos y no sólo mirando hacia adentro y hacia nuestros intereses personales o gremiales.

Entre los deberes importantes y propios de los universitarios, aunque no el prioritario, está el de ir depurando y sistematizando el cúmulo existente de conceptos referentes al desarrollo sostenible, algunos desprendidos de la retórica política, otros producidos por especulaciones teóricas serias y unos más derivados de experiencias prácticas decisivas.

A partir de un reciente taller de sociólogos ambientalistas que trabajan en pos del desarrollo sostenible (Mora, 1995a), y a partir también de un más reciente seminario de trabajadores bananeros del Caribe costarricense gravemente afectados por el uso de pesticidas (Mora, 1995b), hemos arribado a una definición de desarrollo sostenible. Es una definición con sus particularidades, como todas las que existen; es una definición más, seguramente ni peor ni mejor que las otras; pero -como es a la carta- es una definición de nuestro gusto:

El desarrollo sostenible debiéramos entenderlo como aquel crecimiento económico de una comunidad, región o país, que se da sin destruir los ecosistemas en los cuales se basa, y sin destruir a los humanos en los que también se basa, sino más bien contribuyendo a que la existencia de ambos sea menos precaria, más armónica y de manera que no se desperdicien su riqueza y sus potencialidades, aunque éstas no sean convertibles a dinero ni cotizadas en el mercado. Es decir, el desarrollo sostenible debe entenderse como un crecimiento económico en el que la sociedad humana acrecienta su bienestar material y cultural, resguardando el equilibrio de los ecosistemas porque de lo contrario se acaban las fuentes de recursos naturales, y asegurando que el bienestar sea prioritariamente para los hombres y mujeres trabajadores porque, primero, es a partir del trabajo de éstos -y de los ecosistemas- que se logra el crecimiento económico, y, segundo, porque un bienestar que no es para todos debe rechazarse por inmoral. El desarrollo sostenible es un proceso que ha de estar guiado por todos los hombres y mujeres que constituyen la comunidad, porque ese desarrollo es de ellos, y debe basarse prioritariamente en los recursos naturales que están presentes en los

ecosistemas en los que la comunidad habita. Las tecnologías con que se exploten esos recursos deben ser adecuadas a las características de los ecosistemas locales, de manera que cuando los recursos se exploten los ecosistemas no se vean dañados innecesariamente. La explotación de los recursos debe ser una tarea de toda la comunidad, sin que haya privilegiados ni rechazados.

Referencias bibliográficas:

- Barthes, Roland. 1980. MITOLOGÍAS. Siglo XXI editores. México.
- Bell, Daniel. 1976. THE CULTURAL CONTRADICTIONS OF CAPITALISM, Basic Books. New York.
- Gudynas, Eduardo. 1995. ECOLOGÍA, DESARROLLO Y NEOLIBERALISMO. CEBEM, Bolivia.
- Lipovetzky, Gilles. 1986. LA ERA DEL VACÍO. Editorial Anagrama. Barcelona.
- Mora, Eduardo. 1993. "La Asociación Ambientalista Costarricense (AECO), en pos de un movimiento social ecologista y una sociedad alternativa", en AMBIEN-TICO, N° 10, setiembre 1993. Costa Rica. pp. 6-8.
- 1994a. CLAVES DEL DISCURSO AMBIENTALISTA. Editorial FUNA. Costa Rica.
- 1994b. "La Asociación Ambientalista Shurakma abocada a la protección ecológica y cultural de la cuenca del Río Segundo", en AMBIEN-TICO, N° 19, junio. C. R. pp. 18-19.
- 1995a. EL DURO OFICIO DEL SOCIÓLOGO AMBIENTALISTA. Editorial FUNA. Costa Rica.
- 1995b. "¿Qué son el ambiente y el desarrollo sostenible y qué tienen que ver con los bananeros?", en AMBIEN-TICO, N° 35, octubre 1995. Costa Rica. pp. 8-11.
- Rodríguez, Silvia. 1991. "El desarrollo sustentable como fórmula para resolver los problemas sociales y ambientales: una mirada crítica", en CS. AMBIENTALES, N° 8. EUNA. C. R. pp. 93-99.
- Romero, Rodia. 1991. "El desarrollo sostenible: un concepto polémico", en CS. AMBIENTALES, N° 8. EUNA. Costa Rica. pp. 72-82.

Taller sobre rehabilitación y liberación de fauna silvestre 1995: Sinopsis

*Carlos Drews**

El Taller sobre Rehabilitación y Liberación de Fauna Silvestre 1995 se llevó a cabo en San José el 22 de noviembre del presente año, como parte del programa del Congreso Internacional de Universidades para el Desarrollo Sostenible. Asistieron al taller 38 personas, de las cuales cuatro presentaron ponencias. Como consecuencia anticipada del tipo de público que asistía al congreso, la mayoría de los participantes del taller tenían en mayor o menor grado un vínculo profesional con la fauna silvestre, pero ninguno contaba con experiencia directa en rehabilitación y liberación de fauna o se podía considerar como especialista en este campo. Es decir, la audiencia era informada pero no especializada. Por esta razón, el taller se limitó a dar una visión global sobre el tema, recibir los puntos de vista de sus integrantes, y a definir el marco de trabajo para acciones futuras más especializadas.

Carlos Drews, del Programa Regional en Manejo de Vida Silvestre de la Universidad Nacional, (PRMVS) introdujo a la audiencia el tema rehabilitación y liberación de fauna y el objetivo del taller. Explicó que hay razones conservacionistas, éticas y utilitaristas que

conducen a este tipo de proyectos. Todo programa de liberación de fauna silvestre debe incluir consideraciones veterinarias, etológicas, ecológicas, económicas, legislativas y administrativas. En la sesión de la tarde emergió también la importancia de consideraciones socio-culturales, aunque este aspecto no llegó a ser tratado por los participantes del taller.

En su ponencia, Jorge Hernández (SINAC) hizo una útil definición de términos técnicos asociados con proyectos de liberación de fauna, así como del concepto ideal de *centro de rescate*. Dicho concepto no ha sido materializado aún en Costa Rica. Además explicó que la urgencia de perfeccionar programas de este tipo en Costa Rica nace en gran parte de la cantidad de animales que decomisan las autoridades. Un número menor, pero igualmente importante son los animales silvestres heridos que son recogidos y las mascotas ya no deseadas. El comercio de especies silvestres como mascotas, la sicología del consumidor y la actitud del público en general hacia la fauna silvestre son aspectos que merecen investigación rigurosa para lograr un plan de educación que resulte en una disminución en el comercio de especies

amenazadas o con poca probabilidad de sobrevivir en cautiverio. J. Hernández subrayó la importancia de crear foros apropiados para el intercambio de experiencia, tanto éxitos como fracasos, entre las personas y entidades interesadas en rehabilitar y liberar fauna silvestre. A pesar de la inminente urgencia, no existe en Costa Rica un marco institucional, legal actualizado, técnico ni administrativo que rijan este tipo de actividad.

Las siguientes tres ponencias, en que se trataron aspectos veterinarios (Claudette Mo, PRMVS), el mérito conservacionista (Christopher Vaughan, PRMVS) y consideraciones etológicas entorno a la rehabilitación y liberación de fauna (C. Drews), dibujaron un panorama de evidente escepticismo hacia las perspectivas de éxito de estos programas, particularmente si se llevan a cabo sin una debida asesoría profesional. Los procedimientos veterinarios en este campo son sumamente delicados, tanto para los individuos cautivos como para la población silvestre que recibirá a los liberados. Un protocolo de rehabilitación etológica es muy complejo y se carece de metodologías para la mayoría de las especies. En la mayoría de las liberaciones no se lleva a cabo un seguimiento lo suficientemente detallado para identificar deficiencias en conducta, y la duración de dichos seguimientos no siempre abarca el tiempo requerido para constatar si los liberados alcanzaron éxito reproductivo (también recalcado por Maria Isabel di Mare, PRMVS). Uno de los mayores obstáculos para la elaboración de protocolos de rehabilitación y liberación es la falta de conocimiento sobre las enfermedades, la conducta y la ecología de muchas de las especies neotropicales. Estas consideraciones restringen sustancialmente el rango de candidatos aptos para ser sometidos a un programa de rehabilitación y liberación con

buenas perspectivas de éxito. C. Vaughan recalcó que en el caso particular de los psitácidos (guacamayas (lapas), loras y pericos) en Costa Rica es más recomendable dirigir los esfuerzos a la preservación de su hábitat natural, el control de la caza furtiva y la incorporación de la comunidad y el turismo en programas de conservación, en vez de optar por la cría en cautiverio con el fin de repoblar las áreas silvestres. Además anotó que reintroducciones son tan solo un último recurso en planes de conservación de especies debido a las grandes dificultades inherentes en llevarlas a cabo exitosamente. Finalmente, M. di Mare reportó varios casos exitosos de traslado y liberación de venados en fincas en Costa Rica. Esta especie parece ser apta para este tipo de programas. Se advirtió sin embargo, que se desconocen los posibles efectos nocivos de estas acciones a nivel de transmisión de enfermedades, así como la posibilidad a largo plazo de convertirse en plaga para la zona rural en cuestión.

En la sesión de la tarde los grupos de trabajo, aunque no estaban conformados por especialistas en el tema del taller, llegaron a conclusiones de utilidad para el planteamiento de acciones futuras. Se definió un modelo operativo para el rescate, rehabilitación y liberación de fauna silvestre. Este incluye compilación centralizada de información sobre el tema, una campaña informativa, una línea telefónica de dedicación exclusiva para divulgación, información y recibir denuncias, una unidad móvil de rescate de fauna, centros de acopio, centros de rehabilitación y un equipo veterinario móvil. Otro grupo de trabajo planteó que la rehabilitación y liberación es solo una de varias opciones para los animales cautivos, y que se debe evaluar críticamente si la especie y los individuos en cuestión son candidatos adecuados para iniciar el difícil y costoso proceso de la rehabilitación.

Este grupo de trabajo incluyó sugerencias de criterios a seguir en el diagnóstico de aptitud para un programa que concluya en la liberación de los candidatos. Es de recalcar que las conclusiones de este grupo de trabajo no pretenden ser una guía o manual para implementación práctica, sino más bien un listado de aspectos importantes que deben ser verificados por especialistas. El tercer grupo de trabajo discutió el papel de las universidades en programas de rehabilitación y liberación de fauna. Se les atribuyó a las universidades un alto grado de responsabilidad y compromiso hacia estos programas, para compensar deficiencias en el cumplimiento de esta función por parte del gobierno. Se recomendó la creación de un comité interdisciplinario que asesore la creación y manejo de centros de rehabilitación.

El taller condujo a las siguientes conclusiones generales:

1. - Existe una urgencia inminente por estructurar a todo nivel los procesos de rehabilitación y liberación de fauna en Costa Rica.
2. - La falta de conocimientos sobre la biología de las especies de fauna silvestre es uno de los obstáculos principales para la elaboración de protocolos de rehabilitación y liberación.
3. - Una rehabilitación exitosa requiere de un proceso multidisciplinario que puede ser bien complejo y por lo tanto sólo se puede llevar a cabo con asesoría profesional.
4. - Una pequeña proporción de los animales decomisados o cautivos son buenos candidatos potenciales para una rehabilitación y liberación, por lo tanto hay que definir e implementar las alternativas para los individuos que no son aptos para tal programa.
5. - Se debe apoyar la urgente recopilación centralizada de información referente a

rehabilitación y liberación de fauna silvestre, tanto de experiencias costarricenses como del resto del mundo.

El taller se llevó a cabo con éxito, gracias a la colaboración de la Universidad Latina como comité organizador del Congreso Internacional de Universidades para el Desarrollo Sostenible, a la financiación y apoyo de FEDESCA (Fundación para el Eco-Desarrollo Sostenible de Costa Rica y Centroamérica), así como a la coordinación de Carlos Drews y la activa participación de los profesores y estudiantes del Programa Regional en Manejo de Vida Silvestre PRMVS de la Universidad Nacional en Heredia.

**Profesor Programa Regional en Manejo de Vida Silvestre. UNA*

Comentario del libro de Eduardo Mora C.: El duro oficio del sociólogo ambientalista. (Editorial FUNA, 1995)

*Isabel Román**

El oficio del sociólogo, dice Bourdieu, implica rupturas.

La primera de ellas es necesariamente con la llamada sociología espontánea o la sociología ingenua de la acción, esa que surge de las explicaciones que los individuos realizan acerca de su práctica y para su práctica y que no ahonda, sin embargo, en las causas más profundas de los fenómenos ni en el contexto histórico y social que hace posible su aparición y desarrollo.

La segunda ruptura, igual de difícil que la primera, es la ruptura con las teorías tradicionales y nuestra típica relación con las mismas. Cada sociólogo, dice Bourdieu, debe tener en cuenta los supuestos científicos que amenazan con imponerle sus problemáticas, sus temáticas, y sus esquemas de pensamiento. "Hay problemáticas que los sociólogos omiten plantear porque la tradición no los reconoce dignos de ser tenidos en cuenta, no ofrece los instrumentos conceptuales o las técnicas que permitirán tratarlos canónicamente; inversamente hay problemas que se exigen plantear porque ocupan un lugar destacado en la jerarquía consagrada de los temas de investigación".

La ciencia, dice Bachelard, no tiene la seguridad del saber definitivo y no puede progresar si no es cuestionando constantemente los principios mismos de sus propias construcciones. Este cuestionamiento surge sin lugar a dudas del mismo desarrollo social frente al cual el sociólogo debe estar atento para dar cuenta de los nuevos fenómenos sociales y más aún para construir a partir de ellos nuevos objetos de estudio de la sociología.

Hoy, quizá con más premura que nunca, los acelerados cambios suscitados en nuestras sociedades hacen tremendamente necesario no sólo tener en cuenta estas rupturas de las que habla Bourdieu sino también poner a trabajar lo que Wright Mills denominó **la imaginación sociológica**, es decir, esa cualidad mental detrás de cuyo uso está siempre la necesidad de saber el significado social e histórico del individuo en la sociedad y el período en que tiene lugar su cualidad y su ser. La imaginación sociológica, decía Mills, no es una mera moda es una cualidad mental que parece prometer de la manera más dramática la comprensión de nuestras propias realidades íntimas con las más amplias realidades sociales.

He querido empezar este comentario recordando las rupturas de Bourdieu y la

imaginación sociológica de Mills, porque eso es a lo que de manera inmediata me remite la lectura del libro del doctor Mora. **El duro oficio del sociólogo ambientalista es un libro que, de principio a fin, nos plantea rupturas y nos recuerda con ejemplos, la importante necesidad de poner a trabajar nuestra imaginación sociológica.**

La sociología ambiental, dice el doctor Mora en su libro, construye un nuevo objeto de estudio, éste es: la relación dinámica entre sociedad y naturaleza (entiéndase ambiente) en donde ambos polos tienen un protagonismo similar. No es en función de lo estrictamente social que importa lo natural, ni es en función de lo estrictamente natural que importa lo social. Lo importante es la relación dinámica de lo natural y lo social.

No es que no haya habido un tratamiento sociológico de la relación hombre-naturaleza, es que al igual que la economía los sociólogos también asumimos el estudio de esta relación desde la perspectiva de la producción, del dominio del hombre sobre los recursos naturales, desde la perspectiva de la reproducción del capital y la estructura de relaciones sociales que le servían de cimiento (relaciones de poder, valores, instituciones, etc).

Pero ese enfoque está cambiando. Del afán del dominio sobre natura estamos pasando cada vez más a la conciencia de que es preferible y hasta más redituable trabajar con la naturaleza que contra ella.

Nos invade hoy la creciente preocupación por la relación existente entre las reservas de recursos naturales que nos quedan y los crecientes niveles per cápita de consumo. Figurando en el centro de esta ecuación el tipo de relaciones básicas de organización social que son necesarias para mantener dicho equilibrio.

El entramado de relaciones sociales es tan importante que le da contenido a nuevos conceptos. Como bien lo han señalado David Kaimowitz y Eduardo Trigo, por ejemplo, el concepto de sostenibilidad implica más una perspectiva, un criterio general respecto a esas relaciones básicas de la organización social, que un conjunto concreto y específico de acciones a ser emprendidas por individuos, organizaciones públicas y privadas de una sociedad particular. Para hablar de desarrollo sostenible dicen ellos es necesario reconciliar aspectos económicos y sociales con las dimensiones biofísicas referidas a los recursos naturales y la propia capacidad de los distintos ecosistemas de responder a las demandas a las cuales los someten las sociedades humanas.

La discusión planteada por el doctor Mora acerca de los obstáculos de la labor sociológica ambientalista, y que como el bien dice, son de orden teórico, metodológico e institucional nos retrae al tema de la crisis de las Ciencias Sociales.

Esta crisis tiene varios indicadores. En primer lugar está la llamada crisis de los paradigmas, que como bien lo ha señalado Heiz Sonntag, surgió a raíz del reconocimiento de la incapacidad de éstos para descifrar y explicar en forma global una realidad devenida extraordinariamente compleja.

Como consecuencia de esta crisis de los paradigmas surge otro indicador importante que se refiere a la pérdida de la certidumbre teórica que antes era tan importante por lo menos para el desarrollo psicológico de los sociólogos. Por el contrario, lo distintivo de hoy es la búsqueda de lo nuevo sin las antiguas seguridades teóricas, conceptuales y metodológicas.

Está también como indicador de la crisis la tendencia de los investigadores a refugiarse en lo concreto, es decir, en las investigaciones

empíricas con poca o ninguna elaboración teórica.

En suma, hoy por hoy, los sociólogos no sólo nos enfrentamos a un cambio en lo real-social sino también en nuestra forma de estudiar esa realidad. Los cambios en el sistema histórico social han puesto sobre la mesa de discusión todo lo que parecía seguro. Por eso es que como bien lo señala el doctor Mora en su libro los problemas tienen que ver con: la falta de teorías, las incapacidades metodológicas para aprender nuevos objetos de estudio, la falta de precisión y sistematización conceptual, así como la incertidumbre sobre los fines de la sociología ante los cambios de la época. En fin, todos esos elementos científicos indispensables para no caer en la llamada sociología espontánea de la que nos persuade Bourdieu.

La sociología ambientalista surge en el seno de esta crisis, por eso es que no es fácil su desarrollo como bien lo demuestra el doctor Mora.

Al terminar la lectura del libro quizá lo que más claro le queda al lector son los retos que esta rama de la sociología tiene por delante. Sin pretender ser exhaustivos, ni mucho menos, creo que algunos de esos retos que enfrenta son los siguientes:

En primer lugar, enfrenta el reto de resolver el déficit de reflexión teórica. Esto es fundamental por cuanto como lo señala Bourdieu la única forma de hacer rupturas con las tradiciones teóricas es creando nuevas teorías que las enfrenten. Además es indispensable para esta rama de la sociología, pero también para todas las Ciencias Sociales Latinoamericanas, elaborar reflexiones a partir de nuestras realidades y pensar en proyectos de sociedad alternativos a los modelos de sociedad de los países desarrollados. Modelos que como todos sabemos se nos han venido aplicando sin que se reconozcan las

particularidades de nuestras sociedades y sus sueños sobre el porvenir. Al contrario, cada vez más nos hemos dejado llevar por el cortoplacismo, el eficientismo y el mal llamado universalismo que pregonan esas teorías exógenas. Las reflexiones teóricas de la sociología ambientalista deben contribuir a explicar la forma como se construye y articula en el actual estilo de desarrollo la relación sociedad/ naturaleza y los beneficios y perjuicios que esto provoca para nuestra calidad de vida presente y para nuestro desarrollo futuro.

La sociología ambiental debe darnos luz, como lo ha señalado Enrique Leff, sobre como construir una nueva racionalidad social y productiva en América Latina solidaria con el destino de las generaciones futuras y con las demandas actuales de justicia social, erradicación de la pobreza y mejoramiento de la calidad de vida de las mayorías. Todo esto fundado en el enorme potencial de nuestras culturas y el uso sostenible de nuestros recursos naturales.

El segundo reto importante de la sociología ambientalista tiene que ver con trabajar el concepto de interdiscipliniedad. No puede seguir pasando, como lo indica el doctor Mora, que "al sociólogo se le reserve la solución de los conflictos sociales apartándose el resto de las partes del objeto ambiental para otros profesionales". Darle nuevos contenidos epistemológicos a la interdiscipliniedad supone resignificar conceptos como sujeto, participación, conflicto, acción colectiva, identidad y, por qué no, natura.

El tercer reto tiene que ver con la revaloración a nivel metodológico de las formas de obtener conocimiento válido. Ya no es posible como antes atarnos a los límites del llamado pensamiento racional u objetivo sin reconocer los aportes que pueden dar a la ciencias

sociales otras formas de conocimiento y su validez. "La contrastación del conocimiento popular -como lo señala el doctor Mora- con la práctica científica permite al científico social avanzar hacia una mayor integración de la realidad en términos conceptuales y hacia otras posibilidades de transformación en el contexto ambiental específico".

Un cuarto reto de la sociología ambiental tiene que ver con la necesidad de superar los análisis que tienen como punto de partida la compartimentalización de la realidad. Por ejemplo, por un lado naturaleza y por el otro sociedad, o, lo que está más de moda, por un lado estado y por otro mercado. Estos binomios han provocado por mucho tiempo

negaciones inconvenientes y conflictos infructuosos, como por ejemplo mercado vrs Estado o naturaleza vrs sociedad.

Por el contrario superar estos falsos dualismos nos permitirá comprender mejor la realidad y desarrollar un trabajo científico más integral e imaginativo.

El trabajo para enfrentar estos retos no es fácil, implica, como ya lo he señalado, rupturas e imaginación. Lo importante, sin embargo es que ya se ha comenzado, tal y como lo demuestra el libro del doctor Mora y el trabajo de los compañeros sociólogos que lo acompañaron es esta atrevida aventura intelectual.

**Socióloga, asesora académica de la Rectoría de la UNA.*

SUSCRIPCIONES A *AMBIEN-TICO*

El alza ininterrumpida del costo del papel nos obliga a fijar el valor de las nuevas suscripciones a *AMBIEN-TICO* en ¢1.000 o \$70, según se trate de envíos dentro de Costa Rica o al exterior.

Dirigirse a Cecilia Redondo al teléfono 277-3290 o, por escrito a *AMBIEN-TICO*, apdo. postal 86-3000. Remitir cheques a nombre de: Fundación UNA, cuenta No.388; o hacer transferencia bancaria a la cuenta del Banco Nacional de Costa Rica No.131580-3, proyecto No.388.

¿Muerte a los ecologistas?

*León González**

El 7 de diciembre de 1994 lamentamos la muerte de tres compañeros y distinguidos ecologistas: Oscar Fallas, María del Mar Cordero y Jaime Bustamante, todos de la Asociación Ecologista Costarricense (AECO). En julio de 1995, los ecologistas volvimos a vestirnos de luto por la muerte de David Maradiaga Cruz, quien pertenecía a la misma Asociación.

Parece que los resultados de las investigaciones oficiales en torno a los primeros tres no satisfacen las expectativas de los miembros de la AECO quienes ahora, en el caso de David, han detectado una serie de anomalías que han hecho públicas.

Esperamos que la dolorosa partida de estos valientes ecologistas no nos amedrente, sino que nos fortalezca para continuar en nuestra decidida lucha.

En contra de los ecologistas "activistas" existen fuerzas del mal, muy poderosas, dispuestas a actuar de muchas formas con el propósito de liquidarlos, puesto que interfieren en sus intereses.

He considerado importante dar a conocer a la opinión pública algunas cosas por las que pasamos los "activistas". Lo que sigue es con base a vivencias propias y comentarios de amigos (as) ecologistas.

Cuando con nuestras luchas tocamos los grandes intereses, abundan las amenazas, los calificativos y los intentos de soborno. Las amenazas en algunos casos se extienden hasta la familia. ¡Miserales cobardes! Las amenazas e intentos de soborno generalmente vienen del sector privado y los calificativos, a veces desgastados y fuera de época, del sector público.

Las amenazas o insinuaciones las hacen anónimamente por la vía telefónica, directamente o dejando mensajes. Entre las cosas que se nos dice se pueden señalar: ¡cuídense!; ¿para que se expone de esa manera?; ¡a usted le faltan pocos días!; ¡lo vamos a eliminar!; ¡no se meta en lo que no le

importa!; ¡no se interponga en nuestro camino!; ¡mejor quédese calmado!; ¡cuídense porque le van a majar la lengua! Otras veces las amenazas o intimidaciones son directas, como cuando en algunos proyectos, los guardias privados sacan a relucir sus armas para "invitarlo" a uno a salir de alguna playa pública o para impedirle la toma de fotografías o de videos. En ocasiones la agresión ha querido pasar a lo físico, tal y como me ocurrió hace pocos meses cuando un fuerte empresario, hotelero español, pretendió tomarme por el cuello con sus manos. A veces la estrategia es hacer invitaciones a reuniones privadas, con almuerzo, café o cenas. Después de unas bromas vienen las ofertas; por ejemplo: "en nuestro proyecto necesitamos un "excelente" profesional así como usted", ¿por qué no trabaja con nosotros, le ofrecemos un buen salario?, "cuando quiera usar nuestras instalaciones, con su familia o amigos, puede hacerlo, con todo gratis".

Por parte del sector público y en algunos casos con el apoyo de muy pocos formadores de opinión, se utilizan epítetos desactualizados, con el fin de desacreditar. Es así como a veces se nos trata de "comunistas reciclados" ; "traidores a la patria"; "sandías" ; "resentidos sociales".

He llegado a sospechar que, en algunas ocasiones, nuestras líneas telefónicas han sido intervenidas y que las autoridades de policía e inteligencia han levantado expedientes de nosotros.

Confieso que hace varios años todas estas amenazas me asustaban y hasta me hacían llorar, no por miedo sino porque estuvieran sucediendo en Costa Rica y contra legítimas causa, sin embargo, actualmente cada amenaza me da más valor y coraje para seguir adelante.

Compañeros ecologistas, ni un paso atrás, ni para tomar impulso.

*Presidente de la Federación Costarricense para la Conservación de la Naturaleza (FECON)

El suelo costarricense. Información básica (*)

Costa Rica tiene una economía basada principalmente en la producción agrícola. La bonanza de nuestra naturaleza ha facilitado tradicionalmente los cultivos de café, banano, cacao, caña de azúcar, ganado, granos básicos, hortalizas y productos forestales. Sin embargo, en los últimos 40 años, por obra de un manejo de nuestra economía eminentemente desarrollista, la frontera agrícola se expandió en demasía, hasta tierras sin vocación agrícola y se vieron negativamente afectados recursos naturales básicos como el suelo, el agua y el bosque. Las tecnologías que han venido siendo empleadas para la explotación de nuestros suelos han sido violentamente destructoras de nuestros ecosistemas, tocándonos ahora reparar daños y cambiarlas, como también revisar nuestro modelo de desarrollo.

El modelo de desarrollo a partir de 1950 ha tenido las siguientes etapas: la primera, correspondiente a los años 50, se caracterizó por una producción orientada al fomento de las exportaciones tradicionales de café y banano; la segunda, en los años 60, se caracterizó por la incorporación masiva de nuevas tierras al proceso productivo y el crecimiento de la ganadería extensiva, a expensas de la conservación de suelos y cuencas hidrográficas; la tercera, de los años 70, que insistió en el crecimiento de la ganadería, estuvo orientada hacia el desarrollo industrial, pero como éste mostró su impotencia para sacar al país de la pobreza se volvieron los ojos de nuevo al sector agropecuario; y la cuarta, en la década de los años 80, fue de fomento de cultivos no tradicionales, como plantas ornamentales, frutos, raíces y tubérculos, con miras a lograr el desarrollo económico nacional a través de la diversificación de las exportaciones. Dos terceras partes de nuestras exportaciones están constituidas por productos agrícolas, y más de la cuarta parte de los trabajadores costarricenses realizan labores en el sector primario.

Durante todo este proceso la propiedad de la tierra ha ido concentrándose y se ha incrementado el

minifundismo.

Costa Rica exhibe una gran variedad de suelos debida a la diversidad en el origen y composición del material rocoso y a las diferencias referidas a relieve, a pisos altitudinales, a condiciones climáticas y a sistemas fluviales. Dependiendo del relieve, nuestros suelos están clasificados en cuatro categorías: planos, ondulados, ondulado-montañosos y, finalmente, de relieve montañoso a empinadamente disectado, y cada categoría está a su vez subdividida de acuerdo, principalmente, a drenaje, textura y profundidad del suelo.

Más de la mitad del territorio del país es de suelos frágiles y muy susceptibles al deterioro, esos son de vocación forestal; aproximadamente el 20% del territorio es de suelos de origen volcánico o aluvial, de alto potencial agrícola, y cerca del 30% restante tiene vocación para cultivos perennes y pastos. Sin embargo, con bosques está cubierto apenas poco más de la tercera parte del país y casi la mitad de los suelos de Costa Rica han sido dedicados a pastos. O sea, nuestras tierras están siendo utilizadas en desacuerdo a su capacidad de uso, están siendo sobreusadas.

La llamada capacidad de uso del suelo es la capacidad biofísica de uso más intensivo que una unidad de tierra puede soportar sin deterioro marcado de su capacidad productiva. Usar la tierra según su capacidad, o subusarla, está bien hecho, pero el sobreuso debe evitarse porque significa degradación y pérdida de la capacidad productiva de la misma, lo que se manifiesta a través de indicadores como la erosión, la sedimentación en ríos y lagunas, impactos en el ciclo hidrológico y otros.

** Investigación bibliográfica de los ingenieros forestales y estudiantes de la Escuela de Cs. Ambientales, Milena Segura, Carlos Chacón y Henry Ramírez. Redacción de ellos mismos y Ambien-tico.*